

SAN JOSÉ DE CALASANZ

EL SANTO AMIGO DE LOS NIÑOS
Y DE LOS JÓVENES



Fernando Negro Marco, Sch. P.
Miami, 2016

SAN JOSÉ DE CALASANZ

**EL SANTO AMIGO DE LOS NIÑOS Y DE
LOS JÓVENES**

**FERNANDO NEGRO MARCO, Sch. P.
Miami FL, USA**

SAN JOSE DE CALASANZ, de Fernando Negro Marco, Sch.P.

© 2016 Fernando Negro Marco

Impreso en Rodes Printing
Miami, Florida

ISBN:

1. EL SANTO AMIGO DE LOS NIÑOS Y DE LOS JÓVENES

Esta es la historia del extraordinario amigo de todos los niños, niñas y jóvenes del mundo. Aunque nació hace más de 400 años, sigue vivo en aquellos que lo descubren y lo siguen en el servicio más hermoso que un amigo puede dar a otro amigo: ayudarle a que sea la mejor persona del mundo.

Me estoy refiriendo a José de Calasanz. Bueno, en realidad se trata de San José de Calasanz, pues es un santo que desde el cielo sigue cuidando de que no haya en el mundo ningún niño o niña a quien no se le reparta el pan de la educación y del evangelio.

Quiero contarte su historia para que también tú le conozcas y puedas ponerte en contacto con él por medio de la oración y sus enseñanzas.

José de Calasanz nació en 1557, en Peralta de la Sal, provincia de Huesca, en la Región de Aragón, al Noroeste de España. Además de él había otros siete hermanos en su familia, de los cuales tres eran varones. Él fue el último en nacer, por tanto, el más pequeño. Pero a



Peralta de la Sal

pesar de todo creció tanto a través de los años, que llegó a medir casi dos metros de altura cuando fue grande.

Sus padres eran Pedro Calasanz y María Gastón. Don Pedro era alcalde de la villa de Peralta de la Sal, y su esposa María cuidaba

de la familia, que no era poca cosa. El oficio de Don Pedro era el de herrero. Hacía las herraduras para los mulos, asnos y caballos, trabajaba el hierro para hacer utensilios de agricultura, armas, etc.

Pero lo mejor que podemos decir acerca de Don Pedro, Doña María y de su familia, es que vivían la fe cristiana de manera fervorosa y muy práctica. Oraban cada día, iban a misa juntos, recitaban las oraciones hasta memorizarlas, sabía de carretilla el catecismo de la doctrina católica y, sobre todo, llevaban una vida recta según el evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

2. LA NIÑEZ DE SAN JOSÉ DE CALASANZ

Nuestro amigo José de Calasanz no sólo aprendía las cosas buenas de memoria, sino que las metía en su corazón y las practicaba. Desde pequeño aprendió a rezar el rosario, con sus 50 avemarías y los 5 padrenuestros. De pie sobre una silla, congregaba a sus amigos y dirigía la oración para que también ellos practicasen todo lo que aprendía con sus padres y hermanos en casa.

No sólo eso, sino que aprendió una obra escrita por un famoso monje poeta español llamado Gonzalo de Berceo. Se titulaba MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA. Pues bien, de nuevo subido sobre la silla de la escuela, narraba a los alumnos, en presencia del maestro, los milagros de Nuestra Señora, La Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra.

Pero la hazaña más bella de su niñez ocurrió en una lucha que tuvo contra el gran enemigo de la humanidad, el Demonio. Sí, sí, como te lo cuento. Cuando Don Pedro y Doña María enseñaron a sus hijos que el demonio es el maestro de la mentira y ángel de la oscuridad, José tuvo una idea genial: “entonces hay que pelear contra él, hay que matarlo, y así Dios y su plan de amor saldrán adelante en la humanidad.”

Ni corto ni perezoso, José entró en la herrería de su padre, agarró el último cuchillo bien afilado que su padre había fabricado, y salió corriendo a las afueras del pueblo, en una zona llena de árboles, pues pensaba que el demonio estaba escondido en aquella zona de Peralta, entre las sombras del atardecer de aquel verano.

Mientras avanzaba decidido, con el cuchillo escondido en su cintura, invitó a sus amigos a hacer lo mismo. Algunos le siguieron, aunque no eran tan valientes como él. Pero querían ver

en qué acababa aquella aventura. Llegados al bosquecillo, José vio una sombra en lo alto de uno de los olivos y creyó que ahí estaba el Demonio, pues es el ángel de la oscuridad.

Subió a lo más alto, amenazándole de muerte, e invocando el nombre de Jesús y de la Virgen María.

Desafortunadamente, nuestro amigo José de Calasanz, que sostenía el cuchillo en su mano derecha, quiso agarrarse a una rama que resultó estar totalmente seca, y



Monumento al Olivo

cayó sobre el suelo, quedó adolorido, y con el sentimiento de que había perdido aquella batalla, pero no la guerra definitiva contra el demonio, enemigo número uno de Dios y de la humanidad. Le dijo mirando desde abajo a la sombra: “no me vas a vencer, nos veremos las caras más adelante.”

3. UN MUCHACHO EDUCADO

Sí, José de Calasanz recibió una buena educación no solamente a nivel religioso, sino que aprendió pronto a leer, escribir y contar. Una persona que sepa todo esto desde pequeña, ya tiene asegurado un futuro feliz para el resto de su vida. Mientras los padres de José enseñaron el camino cristiano de la vida, en la pequeña escuela de Peralta de la Sal, que en aquel momento no tenía más de 350 habitantes, el maestro le enseñó a abrir la mente al conocimiento, la observación y la curiosidad.



José quería aprender de todo un poco. Se daba cuenta de que no hay que alimentar solamente el espíritu, sino también la mente y el corazón. Aprendió a escribir, a leer y a contar con una gran facilidad, pues la puerta de su disponibilidad para las cosas buenas estaba siempre abierta de par en par.

Al cabo de pocos años, los padres de José, deseando que siguiera aprendiendo más, lo enviaron a un pueblo llamado Estadilla, a 20 kilómetros de Peralta de la Sal. En Estadilla vivía la abuela paterna de José, Doña Margarita. Así que José vivía con ella, y durante el día iba a clase en una escuela que los Padres Trinitarios habían construido para dar educación a los niños y jóvenes de aquella comarca. Y José, Como Jesús de Nazaret, iba creciendo en sabiduría delante de Dios y de los hombres. Se le notaba algo muy especial. Por eso le llamaban “el Santito”.

4. EN LA UNIVERSIDAD DE LÉRIDA

Cuando era un adolescente, José, de común acuerdo con sus padres, decidió seguir estudiando, y marchó a una ciudad llamada Lérida, no muy lejos de su pueblo natal. El ambiente universitario de aquella ciudad era algo revuelto, pero José permanecía fiel a lo que sus padres y maestros le habían enseñado de pequeño.

Llamaba la atención su responsabilidad en los estudios, su manera de vestir y de tratar a la gente. No se peleaba con nadie, sino que era el ángel de la paz. De hecho, un muchacho universitario, llamado Mateo García, lo llamaba “mi Espíritu Santo”, pues era muy peleón, y José de Calasanz siempre lo aconsejaba y lo libraba de males mayores. Años más tarde Mateo recordaría a José de Calasanz con un cariño inmenso.

Calasanz se mantuvo fiel al deseo de ser la persona noble que sus padres le enseñaron a ser lo mejor que podía ser según el plan de Dios. Por eso llamaba la atención, porque era una persona equilibrada y serena, que sabía ser agradable y humano, pero sin dejarse atrapar por los malos ambientes.

5. DIOS COMENZÓ A HACERLE SENTIR ALGO ESPECIAL

Sí, Dios siempre se empeña en comunicarse con nosotros para decirnos al oído del corazón cuánto nos ama y cuál es el plan único y personal para el que estamos aquí en la tierra.

Todo comenzó en José con esta pregunta en su interior: “Señor, dime qué debo ser y qué puedo hacer por ti”. Poco a poco se fue creando en su interior una convicción que venía de Dios: “quiero ser sacerdote”. Esa convicción iba creciendo como las ramas de los árboles en primavera.

Por eso, acabados los estudios de humanidades en la universidad de Lérida, ciudad situada al Noreste de Peralta de la Sal, marchó, de nuevo con permiso de sus padres, a estudiar en la universidad de Valencia. Valencia es una ciudad cerca del mar Mediterráneo, ciudad embellecida por el color y la esencia de los naranjos y de su flor de azahar.

A sus veintiún años, José estudiaba allí la carrera de Filosofía y Letras, pero salió una muchacha muy hermosa que le incitaba a pecar contra su pureza. Se encomendó a la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia y, ante aquel peligro contra su vocación de sacerdote, José sacó fuerzas para entablar una nueva pelea con el demonio. Esta vez lo hizo cambiando de lugar: marchó a la Universidad de Alcalá de Henares, muy cerca de Madrid. Allí comenzó sus estudios de teología, con los jesuitas.

Mientras estudiaba, se enteró de que habían asesinado en batalla a su hermano mayor, Pedro. Y luego recibió otra triste noticia: había muerto su querida madre, Doña María Gastón. José se resistía a volver a Peralta, por miedo a que su padre se opusiera a que fuera sacerdote, ya que, muerto el hermano mayor, ahora le tocaba a él ser el heredero y jefe de la familia.

6. ENFERMO DE GRAVEDAD

Un día, montado en su mulo, regresó a Peralta de la Sal. Le contó a su padre la historia de su vocación y su deseo de querer ser sacerdote, a lo que el padre se negaba rotundamente.

Fue entonces cuando José enfermó seriamente, con fiebres muy altas. El padre de José estaba muy triste y no sabía qué hacer para que su hijo sanase. Mientras Don Pedro fue en un momento dado al lado de su hijo José, éste le dijo con decisión: “Padre, si quieres que me ponga bien, por favor, déjame ser sacerdote.” Así que el buen padre accedió a este deseo divino, y su hijo José quedó sanado inmediatamente.

Una vez más, José volvió a la Universidad de Lérida, donde acabó la teología, que es la carrera universitaria que los seminaristas hacen antes de ser ordenados sacerdotes. Pero antes de ordenarse sacerdote, José recibió varios Ministerios o Servicios en la Iglesia: el subdiaconado y el diaconado. Finalmente fue ordenado sacerdote, en Sanahuja, en diciembre de 1583. José acababa de cumplir 25 años.

7. UN SACERDOTE BUENO

José de Calasanz ya es un sacerdote hecho y derecho, inteligente y claro acerca de su misión de servidor del Evangelio de Jesucristo en la Iglesia. Por eso mismo, enseguida hubo obispos que quisieron que estuviera a su servicio inmediato.

Uno de ellos fue Monseñor Pascual de la Figuera, que invitó a Calasanz a que fuera el secretario de una reunión muy importante, convocada por el mismo Rey de España, Felipe II, en Monzón, apenas 30 kilómetros de distancia de Peralta de la Sal. Era el año 1585.

Este mismo obispo quiso que José de Calasanz le acompañara a visitar un monasterio de monjes Benedictinos, en Montserrat, cerquita de la gran ciudad de Barcelona. Había un problema de desunión entre aquellos monjes, de tal manera que al cabo de unos días el obispo Pascual de la Figuera apareció muerto a causa de un envenenamiento. Así que Calasanz salió de aquel peligro, huyendo.

Como había hecho en Valencia, encomendándose a la Virgen de los Desamparados, ahora se refugia al amparo de Nuestra Señora, la Virgen Morena de Montserrat. Así que llegó de nuevo a Peralta de la Sal, donde pasó unos meses, hasta que su padre murió. Fue entonces cuando se dirigió a la ciudad de la Seo de Urgel. Allí de nuevo se puso a trabajar junto a otro obispo, llamado Andrés Capilla.

Fue su secretario, maestro de ceremonias en la catedral de Urgel, y sobre todo un buen sacerdote al servicio de la gente. Al cabo de un tiempo, el obispo lo envió a una ciudad importante, llamada Tremp, de la provincia de Lérida. Fue el párroco no solamente de aquella ciudad, sino de varios pueblos circundantes.

En una ocasión, un arriero volvía a casa con su mula y su carreta; había llovido y, al pasar una zona llena de lodo, el carro y la mula quedaron ahí, sin poder salir. El arriero comenzó a gritar, a pegar a la caballería y a emitir blasfemias. Pasaba por ahí el Padre José de Calasanz, se acercó al arriero, le dijo que no ofendiera a Dios. Sin perder tiempo se remangó la sotana, entró en el agua, puso su cuerpo debajo de la tripa de la mula y la levantó, ayudando a que tanto ella como la carreta, salieran del lodazal. El arriero pidió disculpas y quedó abochornado, a la vez que edificado con el ejemplo de aquel sacerdote.

En otra ocasión pasaba por unos caminos a las afueras de Tremp cuando vio a un grupo de sacerdotes que pasaban el rato ejercitándose en el lanzamiento de una barra de hierro. Al verlos, nuestro P. José se acercó y les pidió que le dejaran participar. Así que cogió la barra, hizo un ademán atlético de fuerza, y lanzó la barra a una distancia que nadie de ellos pudo mejorar. Les invitó además a que no malgastasen el tiempo, y a que fueran sacerdotes dedicados a la oración y al servicio de los demás.

8. VIAJE A ROMA



Un buen día, tras mucho meditar, habiéndolo consultado con su obispo, seguramente por razones de servicio eclesial, y también por razones personales de prestigio, decidió irse a Roma. Antes pasó por Barcelona, donde adquirió el título de Doctor en teología y derecho canónico.

En el año 1592, exactamente 100 años después de la llegada de Cristóbal Colón a América, nuestro prestigioso Doctor José de Calasanz partía de Barcelona para Roma, con la idea de regresar pronto a su patria con un nuevo título: el de canónigo, o quizás el de obispo. Pero, ya verás, Dios tenía reservado para él un tesoro que irá descubriendo poco a poco en su corazón.

Llegado a Roma, se alojó por cerca de 10 años en el palacio de un Cardenal llamado Marco Antonio Colonna. Se hizo amigo de su familia, a quien sirvió como instructor personal de sus sobrinos. Con la ayuda de este cardenal, el gran Doctor Calasanz pensaba que enseguida conseguiría el título de canónigo; pero, como ya te

he dicho, las cosas se van a complicar poco a poco, y Dios le irá mostrando un camino mejor.

El caso es que lo que la ambición de José pretendía era un plato apetitoso para otros pretendientes que, por medio de artimañas, iban adquiriendo más privilegios que él. Así iban pasando los días, las semanas y los meses, y el proceso para obtener un puesto mejor se alargaba.

Mientras tanto, en lugar de perder el tiempo, el P. José comenzó a tomarse más en serio su vida espiritual por medio de la oración, los sacramentos, y la dirección espiritual. Al mismo tiempo comenzó a dar su nombre a asociaciones cristianas que se dedicaban a dar catequesis a los niños, visitar los hospitales, atender a los peregrinos, socorrer a los pobres, cuidar de los enfermos graves, visitar las cárceles, etc. Participaba activamente en todas ellas.

Por más que luchó y trabajó para que personas influyentes le ayudaran en su empeño de llegar a ser un canónigo, el asunto no resultó. Mientras tanto Dios se iba haciendo cada vez más presente en él, y comenzó a sentir que se había equivocado en la dirección de cómo vivir su sacerdocio. Dios le iba indicando que la cosa no consiste en honores, sino en servicio, en estar junto al que sufre y ayudarle a salir de su miseria material y espiritual.

Calasanz comenzaba a desilusionarse. Aquello no funcionaba de acuerdo a sus planes. Unos pocos años antes envió desde Roma a su querida parroquia de Peralta de la Sal, un hermoso cáliz de oro labrado de forma barroca, en el que inscribió lo siguiente: “Pro ferro, aurum” (en lugar de hierro, envió oro). Era un signo de ambición humana, quería impresionar a su gente, pero ahora las cosas comienzan a girar en dirección distinta, hacia el servicio a los pobres.

9. UNA NUEVA DIRECCIÓN EN LA VIDA DEL PADRE JOSÉ

Entre las diversas asociaciones con las que se puso a trabajar nuestro candidato a santo, estaba la Confraternidad de la Doctrina Cristiana (CDC). Su misión consistía en visitar las diferentes parroquias de la ciudad de Roma, para enseñar a los niños la doctrina cristiana, prepararlos a recibir los sacramentos, y enseñarles a vivir de una manera adecuada su fe, como nos lo enseña Jesús en el evangelio.

Un día fue a una parroquia de un barrio muy pobre de Roma llamado Trastévere (en italiano significa “al otro lado del río Tíber”). Fue con algunos laicos. El caso es que se quedó prendado de algo que el párroco de aquella parroquia, llamada de “Santa Dorotea”, hacía: además de dar doctrina cristiana, enseñaba casi gratuitamente a un grupito de niños a leer, escribir y contar. Allí fue donde Dios de verdad tocó la fibra más profunda del P. José de Calasanz. Fue allí donde recibió una inspiración especial: “sería estupendo que una sociedad similar a la Confraternidad de la Doctrina Cristiana se dedicara no sólo a enseñar el catecismo, sino también a la instrucción humana de los niños.”

Hay que tener en cuenta que miles de niños vagaban por la ciudad de Roma sin hacer nada bueno, haciendo más mal que bien. Así sucedió que, mientras caminaba por una de las calles romanas, vio a un grupo de niños desarrapados, jugando a las cartas, usando palabras feas y peleándose. Fue entonces cuando oyó dentro del corazón una voz de parte de Dios que le decía: “haz algo por estos niños, sé como su padre y enséñales a vivir como mi Hijo Jesús ha enseñado”.

10. FUNDADOR DE UN INVENTO LLAMADO ‘ESCUELA CRISTIANA’

Calasanz había olvidado prácticamente su primer objetivo, el de conseguir una canonjía, pues Dios lo iba guiando por otros caminos. Ahora va comprendiendo que debe hacer algo por los niños pobres, porque comprende que Dios le pide ser amigo de ellos, sin condiciones.

En el año 1597 comenzó, de una forma muy casera y sencilla, nada menos que “la Primera Escuela Popular Cristiana en la historia del mundo”. Es lo mismo que decir “Escuela Pública Cristiana”. Todo comenzó en la sacristía de aquella iglesia pobre de Santa Dorotea. La educación que él y sus colaboradores impartían era totalmente gratuita, así los niños pobres podrían asistir, pues no tenían que pagar nada. Ello hizo que enseguida comenzaran a venir más y más niños, hasta que ya no cabían y tuvieron que trasladar la escuela al centro de Roma, en un lugar con más espacio.

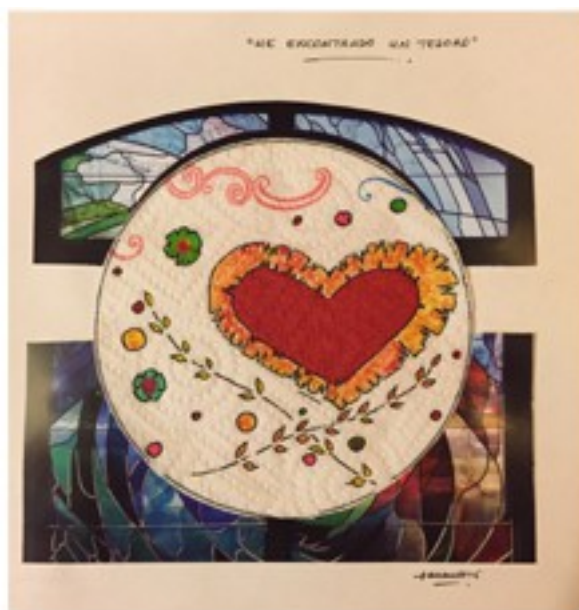
Mientras tanto, Calasanz iba creciendo en profundidad espiritual. En 1599 fue a una peregrinación a Asís, lugar de nacimiento de San Francisco de Asís, fundador de los franciscanos. Este santo se le apareció allí dos veces, insinuándole por medio de una visión de tres mujeres jóvenes, que abrazara la vida religiosa con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia.

Calasanz iba siguiendo las indicaciones de Dios dentro de su corazón. Además de la escuela, estaba abierto a ayudar a los pobres en todo momento, especialmente cuando más lo necesitaban. Como cuando hubo una inundación del Río Tíber. Ahí estaba él ayudando a salvar vidas.

En 1601, el rey de España, Felipe III, envió un mensajero para comunicarle que le había concedido ser canónigo de Sevilla, una de las ciudades más bellas y más importantes de España. Pero el

P. José le contesto con un NO gigante, diciéndole: “Encontré ya en Roma la manera definitiva de servir a Dios haciendo bien a estos pequeñuelos, No lo dejaré por cosa alguna del mundo.”

Calasanz había quemado para siempre las naves de sus primeros planes y ya ni pensará en regresar a su patria de origen. Permaneció en Roma dando educación a los niños pobres, por el resto de su larga vida.



11. INTENTOS FALLIDOS

Viendo Calasanz que la educación de los niños pobres era tan importante, para que la buena voluntad de ellos echara raíces profundas, intentó que la confraternidad de la Doctrina Cristiana se hiciera cargo de las escuelas recién estrenadas, pero la directiva de la asociación le dijo que NO.

Más tarde lo intentó con los padres jesuitas, que ya tenían algunas escuelas superiores, pero también le dijeron que NO. Luego llamó a las puertas de los padres dominicos, pero ellos le dijeron también que NO, porque se dedicaban sobre todo a la educación universitaria.

Así iba comprendiendo que Dios le pedía que fuera él, y no otro, quien comenzase a hacer de esa idea un invento maravilloso, un regalo para los pobres: la escuela popular cristiana. A este invento le puso el nombre de ESCUELAS PIAS, que es lo mismo que decir “Escuela para los Pobres, porque el adjetivo ‘pío’ significaba en aquel tiempo ‘gratuito’, sin pago. Se enseñaba la Piedad y las Letras”. Era el año 1602 y el número de alumnos llegó a 700.

12. LAS ESCUELAS PÍAS

El invento de las Escuelas Pías fue obra del Espíritu Santo por medio de la tesonera paciencia de José de Calasanz, que dijo que Sí a su voz. Pero enseguida contó con colaboradores generosos, algunos sacerdotes y otros laicos, que se conectaron con su sueño de educar y evangelizar a los más pobres. Algunos de estos colaboradores se retiraron, pues no aguantaban la fatiga de estar con los niños en las aulas.

La fama de Calasanz y su obra fue creciendo y ello hacía que el número de alumnos también creciera. Todo iba “viento en popa a toda vela.”

Pero sucedió que un día, estando subido en una escalera para instalar una campana en el patio de la escuela, dio un resbalón y cayó al suelo, rompiéndose la pierna y la cadera. Tuvo que guardar cama, enyesado, durante seis meses. En ese momento llegó a la escuela un hombre muy avanzado en edad, muy sabio, y gran profesor de latín. Le dijo al P. José que estaba decidido a quedarse con él para siempre, como profesor de aquellos niños. El P. José accedió. Se llamaba Gaspar Dragonetti. Vivió 115 años.

Gaspar era muy buena gente, pero le faltaba paciencia, y a veces se disgustaba mucho, como en aquel día en que se enfadó por las muchas deudas que tenían las escuelas, a causa de la extrema pobreza en que vivían. Ni corto ni perezoso mandó a los alumnos a sus casas dando gritos. Cuando Calasanz se enteró, salió al encuentro de Gaspar Dragonetti y le regañó con mucho cariño por no entender que la providencia de Dios iba a suplir lo que a ellos les faltaba. Efectivamente, ese mismo día, Calasanz puso una cajita a la puerta de la escuela con este letrero: “Limosna para las Escuelas Pías”. Al atardecer abrieron la caja y vieron que había un cheque con mucho dinero.

Otro acompañante y colaborador de Calasanz fue el joven Glicerio Landriani provenía de una familia rica e importante, pero se había convertido para servir a los niños pobres en la escuela de José de Calasanz. Buscaba ser pobre y servir a los pobres. La pena fue que murió muy joven, cuando apenas había comenzado a mostrar sus cualidades excelentes como maestro y catequista. Glicerio, cuyo proceso de beatificación fue comenzado por Calasanz, inventó el método de las filas por las calles de las ciudades para llevar a los niños después de las clases a sus casas, con plena seguridad.



13. EL INVENTO DE LA ESCUELA SEGUÍA CRECIENDO Y HACIENDO EL BIEN

En el año 1614, los seguidores de Calasanz, con la aprobación del buen Papa Pablo V, se unieron a otro grupo religioso llamado Clérigos de la Madre de Dios, fundado por una persona excelente que llegó a ser santo: San Juan Leonardi. Los alumnos iban aumentando y ya eran unos 1200 en total.

Con todo, el intento de unir a las Escuelas Pías con los Religiosos de la Madre de Dios no llegó a buen término. Así que el Papa Pablo V decidió separarlos de nuevo. Era el año 1617. El Papa quiso que José de Calasanz comenzara una congregación religiosa que se llamaría “Congregación de las Escuelas Pías.”

Fue por aquel entonces cuando Calasanz, Superior General de la nueva Congregación Religiosa, fundó la primera escuela fuera de Roma, concretamente en la ciudad de Frascati. Allí fueron enviados cinco maestros, entre ellos, el viejo refunfuñón Gaspar Dragonetti, y el joven generoso Glicerio Landriani.

José de Calasanz puso la nueva Congregación al amparo de la Virgen. El nombre completo de esta nueva familia religiosa en la Iglesia se llamó “Congregación Paulina de la Madre de Dios de las Escuelas Pías”. El Papa Pablo V quería tanto a las Escuelas de Calasanz, que quiso poner su nombre a la Congregación Religiosa: ‘Paulina’. El 25 de marzo de 1617, los 14 primeros religiosos escolapios tomaban el hábito, que consistía en una sotana amplia con un ceñidor caído a la izquierda.

El número de las escuelas fundadas iba creciendo, así como el número de novicios y de religiosos escolapios. Era una bendición del cielo. Todo era para la mayor gloria de Dios y el bien de los

niños más pobres de la sociedad, los amigos íntimos de José de Calasanz y sus seguidores.

Para que veas lo bien que se educaban los niños en las Escuelas Pías, te cuento la siguiente historia: “Un campesino quedó suspendido de un árbol mientras podaba las ramas. Estaba en peligro inminente de morir; su hijo estaba orando por su papá, invitando al padre a hacer lo mismo en aquel peligro. Finalmente el campesino se salvó. Alguien preguntó al niño que dónde aprendió todo aquello. El muchacho respondió sin titubear que lo había aprendido en las Escuelas Pías del Padre José.”



14. EL INVENTO DE LAS ESCUELAS VA TOMANDO CUERPO

En 1614, mientras Calasanz caminaba por una callejuela de Roma, tuvo una visión, que le marcaría lo que iba a ser su vida como religioso. Una muchacha joven y desarrapada se le acercó llorando, y desconsolada le dijo: “Padre José, soy la pobreza y todos me huyen. Fue entonces cuando el P. José quiso taparla, pero ella desapareció.”

Es algo que parece no tener importancia, pero Calasanz sintió que Dios le pedía que en adelante debería ser pobre y dedicar toda su vida a los pobres con una fuerza todavía mayor, a través de la educación y la evangelización. Esta visión se conectaba perfectamente con la que tuvo años antes, en 1599, en su peregrinación a Asís.

Para hacer el cuento corto, te diré que Calasanz, cuando vio claramente que Dios le pedía que se quedara para siempre con los niños pobres en la escuela, creyó que lo mejor era dedicarse a su obra de un modo total y definitivo. Por ello pidió al Papa que tuviera el rango de Orden, que era algo más estable y más duradero. Para ello tuvo que convencer a mucha gente que comenzaba a oponerse a su idea y a su trabajo. Luego te explicaré por qué.

Así que nuestro buen Calasanz escribió en 1620 las Constituciones, que es el documento por el que se rige la Orden escolapia y el trabajo educativo y evangelizador que los escolapios hacen hasta el día de hoy con los niños y los jóvenes. El 8 de agosto, el nuevo Papa que se llamaba Gregorio XV, aprobó la nueva Orden Religiosa Escolapia, que perdura hasta el día de hoy, pues es una obra del Espíritu Santo.

15. LOS ENEMIGOS DE LAS ESCUELAS PÍAS

Te voy a dejar saber un secreto: las cosas de Dios van cargadas de luz, de verdad, de transparencia y generosidad. Esto era lo que Calasanz iba sintiendo. Por eso lo arriesgó todo, lo dio todo. De hecho, cuando llegó a Roma con el título de Doctor en Teología y Leyes, era muy rico, pero paulatinamente puso todas sus ganancias al servicio de la causa de Dios en los niños más pobres. Había encontrado el tesoro que llevaba dentro, por el cual lo vendió todo, para ganarlo definitivamente.

Si las cosas de Dios vienen cargadas de luz y pasión brillante y son muy, muy generosas, las cosas de su enemigo el Diablo se definen por su oscuridad, por la falta de verdad, por la abundancia de sospechas, condenas, calumnias, deseo de venganza, etc.

Esto es lo que le pasó a nuestro Padre José de Calasanz, pues tuvo que sufrir muchísimo dentro y fuera de su Orden religiosa.

Los problemas que venían de afuera se debían a las críticas que le hacían los poderosos y los ricos, incluso cardenales, obispos y sacerdotes de buen vivir. ¿Por qué? Muy sencillo.

No comprendían que se educara a la clase social más baja, comenzando por los más pequeños. Si la intuición de Calasanz seguía triunfando –pensaban ellos– se acabaría la servidumbre, ya que por medio de la educación los pobres serían un peligro en la sociedad y los ricos no podrían echar mano de ellos como criados.

Calasanz comenzaba a tener problemas también dentro de la Orden, dado que había algunos de sus sacerdotes que no aguantaban estar enseñando a los pobres, y preferían estar con la

gente rica haciendo otras cosas fuera de la escuela. En el fondo creían que la dignidad sacerdotal quedaba dañada rebajándose al nivel de los pobres en la escuela. Esto creó muchos problemas de convivencia entre los escolapios que eran sacerdotes y los que no lo eran.

Si educar no ha sido nunca una tarea fácil, mucho menos lo era en aquella época en la que Calasanz vivió. Algunos autores de ese tiempo decían que las escuelas eran, literalmente “la cloaca de la sociedad”, y dedicarse a ellas era un trabajo humillante y vil. Pero los santos son siempre así, como Calasanz, gente arriesgada que, por amor a Dios y a los pobres hacen lo imposible para que la Buena Noticia se meta en las cloacas, si fuera necesario.

Otro sufrimiento que se veía en el horizonte, desde el principio, fue el de la vida pobre y exigente que marcaba Calasanz. Exigía que los niños que venían a sus escuelas tuvieran las credenciales necesarias, las de ser pobres. El párroco debía presentar un escrito firmado por él para testificar la verdad de este asunto. Ya ves, las cosas de Dios son tan diferentes a las del mundo...

16. EDUCACIÓN EN ACCIÓN

Brevemente te cuento el ambiente escolar que nuestro San José de Calasanz iba preparando para que sus queridos amigos los niños aprendieran a ser personas como Dios manda.

En aquel tiempo lo común era que a los niños que se portaban mal en la escuela los maestros les dieran golpes como castigo. En su escuela estaba prohibido todo castigo corporal, a no ser que de vez en cuando fuera necesario por razones extremas. En tal caso no se debía emplear el látigo, y debía llevarse a cabo sin pegar nunca sobre la carne, sino sobre la ropa. Además, el castigo debía darlo otra persona diferente del maestro, para que no se dejase llevar del resentimiento contra sus alumnos.

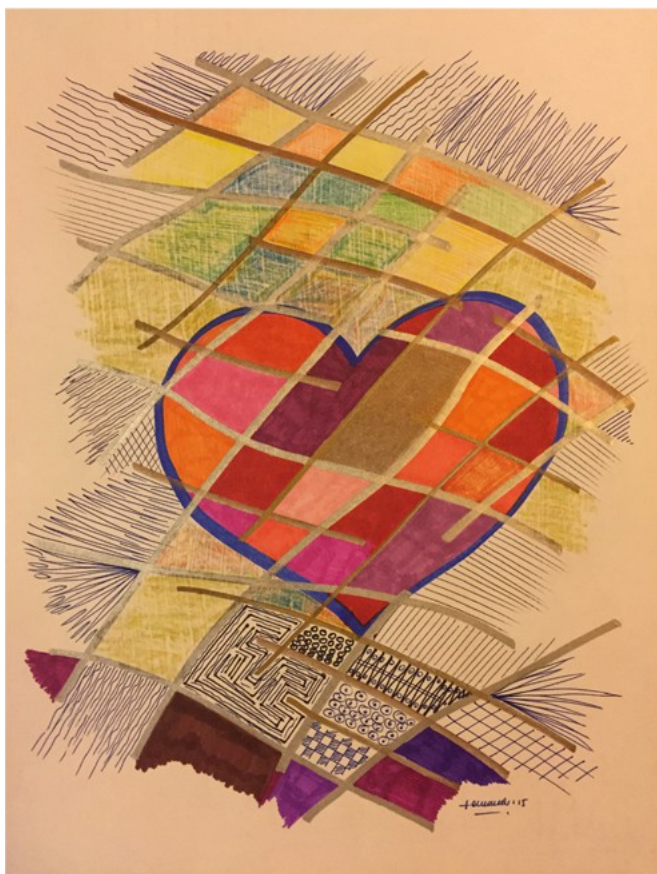
Para Calasanz era más importante prevenir que curar. Por eso inventó el método preventivo de educar que consiste en dar a conocer la verdad de lo bueno y de lo malo, animando al alumno a que haga el bien aborreciendo el mal. Como la voluntad es muchas veces débil, Calasanz invitaba a que el alumno orase y se acercase a los sacramentos, especialmente al de la confesión.

Cuando alguien había hecho algo muy malo, animaba a que, en lugar de castigarlo fuertemente, se le dejara confesarse. ¿Por qué hacía esto nuestro Santo? Porque creía que el poder de la gracia de Dios, es mayor que el del castigo. El castigo puede ‘domesticar’ externamente, pero la gracia puede ‘transformar’ el corazón de la persona, en cada etapa del desarrollo humano.

Para San José de Calasanz y sus seguidores la educación era y sigue siendo una cuestión del corazón. No se trata solo de almacenar conocimientos en la cabeza, sino de transformar la mente para que sea sabia, de transformar el corazón para que sea

capaz de amar como Dios ama, de fortalecer la voluntad, para que sea dócil a la voluntad de Dios.

Por tanto, la educación abarca toda la persona. Esta intuición la dejó plasmada Calasanz en su lema PIEDAD Y LETRAS. En sus escuelas no sólo eran admitidos los católicos, sino gente de otras religiones, incluidos los protestantes y los judíos. Hoy vienen sin dificultad a nuestras escuelas niños y jóvenes hindúes, judíos, musulmanes, etc.



17. DEVOCIÓN A MARÍA, MADRE DE DIOS

José de Calasanz había orado ante muchas imágenes a lo largo de su vida: la Virgen de la Mora en Peralta de la Sal, la Virgen de los Desamparados en Valencia, de la Virgen de Montserrat en Barcelona, la Virgen del Pilar en Zaragoza... Pero lo más importante era que el amor a la Madre de Dios lo llevaba dentro de su corazón, siempre y en todo lugar.

Por eso, cuando el P. José de Calasanz comenzó a cambiar el rumbo de su vida de acuerdo al plan de Dios, cambió incluso su nombre. Desde el 25 de marzo de 1617, la nueva congregación se llama “Congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías”. Desde ese momento, José ya nunca firmará con el título de “Doctor José de Calasanz”, sino con el de “José de la Madre de Dios”. Todo un signo: su Congregación y su persona, bajo la protección amorosa de la Madre de Jesucristo, Dios-con-nosotros.

Escribió una hermosa oración titulada CORONA DE LAS DOCE ESTRELLAS. En ella, la Santísima Trinidad es alabada y exaltada a través de María, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa del Espíritu Santo y Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad.

Creó la llamada “Oración continua”, que consistía en estar orando en el oratorio de las escuelas, cada media hora, un grupo de unos 12 alumnos dirigido por un escolapio. La oración estaba basada en la CORONA DE LAS DOCE ESTRELLAS y otras oraciones, por la Iglesia, la Orden, las escuelas, y por otras necesidades de la sociedad y del mundo.

Quería nuestro amigo Fundador, San José de Calasanz, que toda reunión acabase con esta hermosa plegaria:

***“A tu amparo y protección, Madre de Dios acudimos.
No desprecies nuestros ruegos, y de todos los peligros,
Virgen gloriosa y bendita, defiende siempre a tus hijos.”***

Te invito a que la aprendas de memoria y la recites con en corazón muchas veces cada día.

Calasanz mandó construir un santuario dedicado a la Madre de Dios, en Frascati, que fue la primera fundación escolapia fuera de Roma. Él mismo llevó allí la imagen de la Virgen. Consiste en un icono de María coronada como Reina, sosteniendo con mucho amor al niño Jesús. Animaba a que todos orasen a María, pues su amparo y protección es el baluarte de los hijos e hijas a quienes Dios ama.



Nuestra Señora de las Escuelas Pías

18. EL MILAGRO DEL OJO Y OTROS MILAGROS

Un día, jugando en el patio del colegio de San Pantaleón, en Roma, dos niños se enfadaron y comenzaron a reñir. Uno de ellos, por accidente, le sacó el ojo al otro. El pobre muchacho lloraba desconsolado. La sangre fluía aparatosamente desde dentro de la oquedad de la que quedó colgando el ojo. Ahí llega nuestro Santo Padre, se arrodilla delante del niño, le pone el ojo de nuevo dentro de la cavidad vacía, lo mira con mucho cariño, lo bendice y le dice: “anda, hijo, vuelve a la clase”. El niño quedó totalmente curado.

Aquello no fue un acto de magia, sino un acto de misericordia y amor por el que Dios actuó por medio del Santo. Recuerda, querido amigo, que cuanto más cerca estamos de Dios, más y mejor actúa su gracia en nosotros y a través de nosotros.

En otra ocasión, un padre escolapio llamado Melchor Alachi, que era un tanto extravagante y aventurero, se puso muy enfermo, tanto que los doctores ya lo daban por muerto, pues tenía una fiebre extremadamente alta. Pero el Padre José dijo claramente que aquello no era nada y que el P. Melchor se curaría. Los doctores se reían de Calasanz; pero a las pocas horas el P. Alachi ya estaba de nuevo en la calle, como si nada hubiera pasado.

Una vez, estando en Nápoles, el P. José curó al médico Aniello di Falco; además convirtió al sobrino de este doctor, quien finalmente llegó a ser escolapio.

Una señora había dado a luz a un hermoso bebé. Mientras lo amamantaba recostada en la cama, quedó dormida y, sin darse cuenta asfixió al niño por falta de respiración. Esta señora acudió angustiada al Padre José. Éste la calmó con palabras de esperanza, tomó al niño en sus brazos, llamó a unos niños de la

escuela, y fueron juntos a la iglesia a orar ante la imagen de la Virgen María. Al instante el niño comenzó a respirar normalmente y volvió a la vida. Ya puedes imaginarte la alegría de la madre, que comenzó a alabar a Dios a través de la Virgen, Madre de su Hijo Jesús.

Otro milagro fue que en Nápoles, en 1626, las autoridades civiles desocuparon un edificio donde vivían unas 600 personas de mala fama, muchas de ellas dedicadas a la prostitución. Ese edificio se convirtió en un colegio de Padres Escolapios, llamado Colegio de la Duchesca. A los ocho días de ser inaugurado ya iban 400 alumnos a recibir educación. A esto se llama “caridad educativa”.

Hubo una época en que apareció una epidemia llamada la peste, que se llevó muchas vidas humanas. Todo el mundo vivía apabullado, lleno de tristeza y de temor. El gobierno declaró que las escuelas quedaban cerradas. Bien, nuestro Santo Fundador no pudo quedarse de brazos cruzados. Así que salió afuera para ayudar en todo lo que pudo. Curó milagrosamente a algunos escolapios enfermos y lloró con pena la muerte de otros que murieron ayudando a la gente afectada por la epidemia.

Como anécdota simpática te diré que nuestro aventurero P. Alachi, que no quería contagiar ni contagiarse, estando en Venecia, ideó construirse una casita encima de un árbol, para poder así respirar el aire sano y fresco.

19. LA MENTE ABIERTA DE SAN JOSÉ DE CALASANZ

Al ver los frutos maravillosos de su obra educativa y evangelizadora, mucha gente pedía al P. José, Superior de la Orden Escolapia, que mandase escolapios a fundar escuelas. Tenía tantas peticiones, que no daba abasto. Siempre intentaba escuchar las peticiones y procuraba enviar escolapios allí. Pero no siempre satisfacía a todos.

Decía que si tuviera 10,000 escolapios al instante los mandaría a todos los lugares que se lo pedían. Pero, por desgracia, no contaba con ellos. Fundó dentro de Italia, pero también fuera: en Chequia, Hungría, Polonia, y otros lugares de Europa Central. Podemos decir que la Orden escolapia fue misionera desde el comienzo de su fundación, siempre al servicio de la defensa de la fe y de la expansión del evangelio, por medio de la educación y evangelización de los niños pobres, desde la más tierna infancia.



Fue de una mente abierta, pues no tuvo reparo en ser amigo de gente sabia, aunque hubiera sido perseguida por la Inquisición. Tal fue el caso Galileo Galilei, que fue citado dos veces por la Inquisición, por su concepción heliocéntrica del universo, que chocaba con ideas teológicas no muy acertadas. Galileo sostenía. que era la tierra la que giraba alrededor del sol, y no al revés. Cuando Galileo ya estaba ancianito y ciego, Calasanz dio permiso

para que dos escolapios le sirvieran como sus secretarios personales. Era el año 1639.

Otra persona de la que era amigo, y con la que contó también en la formación de los seminaristas escolapios, fue el dominico Padre Tomasso Campanella, que fue encarcelado durante muchos años por la Inquisición. Calasanz lo hospedó en Frascati, a pesar de todo, para que diera cursos de filosofía a los seminaristas escolapios.

Lo que buscaba Calasanz era tener un ejército de buenos educadores, sobre todo si eran sacerdotes, para hacer de los niños y de los jóvenes las mejores personas según el sueño de Dios para cada una de ellas. Para esta misión se gastó y se desgastó. Mira lo que escribía en el año 1624: “Desde el año pasado estaba yo herniado de un lado, y desde hace unos días, de los dos. Pero no por eso tengo menos ánimo para servir y padecer por su amor cuanto se ofrezca, particularmente en el servicio que hacemos los escolapios para la reforma de los niños a través de su educación.”

20. CÓMO ERA NUESTRO SANTO POR DENTRO

Era una persona humilde y sencilla, que se abajaba a hacer todo lo que fuera necesario por amor a los niños: barría las clases por las noches, preparaba la tinta y tenía bien dispuestas las plumas de ave con las que escribía en aquel tiempo, salía con las alforjas a la espalda pidiendo limosna para sus escuelas, lavaba los platos, cuidaba del orden y de la disciplina, le gustaba visitar las clases y hablar con los alumnos, sobre todo los de las clases más pequeñas. Además acompañaba a los alumnos de vuelta del colegio a sus casas. Para Calasanz, el escolapio hacía las funciones del ángel de la guarda que todos tenemos desde el momento en que nacemos.

Cuidaba de los enfermos con particular afecto, y procuraba que no les faltase nada. Para Calasanz lo más importante no era ser sacerdote o persona importante, sino ser santo, es decir, hacer las cosas sin darse importancia, por puro amor de Dios y de los pobres. Por eso invitaba, sobre todo a los superiores, a que se rebajasen al nivel de los niños, que se hicieran como ellos, que los visitasen en las clases, como él hacía, incluso siendo anciano. Calasanz era un amigo de Dios. Por eso fue amigo de los pobres. La causa de Dios era la causa de los pobres a quienes servía a través de la educación y la evangelización, en el contexto de la escuela para todos, inventada por él.

Le preocupaba el tema social. Por eso escribió en el prólogo de sus Constituciones: “Si los niños son imbuidos diligentemente desde su tierna edad en la piedad y en las letras, hay que esperar, sin lugar a dudas, un feliz transcurso de toda su vida.” Los ricos tenían seguridad económica y educación; eran los pobres a quienes se les marginaba en las periferias de las grandes ciudades, de otras poblaciones y de las instituciones. La escuela para todos fue una idea revolucionaria que hizo avanzar la

historia de la humanidad de la mano del evangelio y del saber humano.

Así era San José de Calasanz: sin perder la dulzura del corazón, supo ser persistente en sus convicciones, a favor de los más necesitados, a quienes supo dar voz y oportunidad de superarse, por medio del regalo inigualable de la educación para todos, comenzando por los últimos, por los niños más pobres entre los pobres.

21. OTRA VEZ EL DEMONIO

¿Recuerdas la lucha de Calasanz contra el demonio, subido al árbol de Peralta de la Sal? Aquella batalla la perdió, pero la guerra la iba ganando por medio de la fidelidad a la luz que iba recibiendo del Espíritu Santo.

El enemigo, el Diablo que siempre anda rondando y rugiendo como león que busca a quién devorar, le vuelve a salir al encuentro. Ya dije que las tácticas de este metiche maligno son las de la oscuridad, las artimañas mentirosas y las apariencias de santidad, allí donde sólo hay ambición y maldad. Me voy a explicar.

Había un hombre nacido cerca de Florencia, que a sus 40 años de edad conoció a los padres escolapios. Su nombre era Mario Sozzi. El caso es que, a pesar de que no le gustaba enseñar, fue admitido al noviciado de los escolapios y, finalmente, se ordenó sacerdote. Fue enviado a Florencia, donde sobre todo se dedicaba a oír confesiones.

Había en Florencia una mujer llamada Faustina, que tenía a su cargo, en su propia casa, a un grupo de muchachas jóvenes. Aparentemente llevaban una vida santa y piadosa, pero la verdad es que encubría un escándalo de vida disoluta conectada con la prostitución.

Una de estas muchachas, visitando con su grupo la iglesia de los padres escolapios, fue a confesarse y, ahí estaba el P. Mario en el confesionario. La muchacha le contó en confesión todo aquel abuso que se vivía en la casa de la Faustina, al amparo de un sacerdote corrupto que la ocultaba bajo máscara de santidad. El P. Mario Sozzi le pidió el favor de que le contara la historia fuera del confesionario. La muchacha lo hizo, y Sozzi lo comunicó a la

Inquisición de Florencia, comenzando así un proceso que se convirtió en una especie de tela de araña.

Este incidente despertó en Sozzi una gran ambición, amparada por la “buena fama” adquirida ante la Inquisición. Incluso acusó ante la Inquisición a los escolapios de Florencia, por las cosas más tontas y absurdas. Los escolapios le dijeron que abandonara Florencia.

El Asesor de la Inquisición, sin embargo, pidió a Calasanz que Mario volviera destinado a Florencia, aún sabiendo que allí no sería bien recibido por los escolapios de aquella comunidad. Acusaba a los escolapios de herejes, por ser amigos de Galileo Galilei, que vivía en aquella ciudad.

El caso es que, entre las intrigas diabólicas está que el Asesor pidió luego que el P. Sozzi fuera nombrado superior provincial de la región Toscana, donde estaba Florencia. Ahora sí que el Demonio comenzaba a tener libertad absoluta. Usaba el desequilibrio interior de Mario Sozzi y su tendencia al rencor paranoico para crear un ambiente en el que se hacía la víctima de los ataques de la comunidad escolapia. Escribió cartas al Asesor, quien forzó al P. General de toda la Orden Escolapia, nuestro Santo, a que ordenara que todos obedecieran al desequilibrado P. Sozzi.

22. LAS COSAS SIGUEN COMPLICÁNDOSE

Bueno, bueno. El P. Sozzi marchó de Florencia a Roma otra vez. Allí se alojó en la Casa General en San Pantaleón donde vivían S. José de Calasanz, que era el Superior General, y sus Asistentes. Al pasar un tiempo sin que llegaran cartas de la comunidad escolapia de Florencia a la casa General de Roma, se comenzó a pensar que P. Sozzi interceptaba el correo. Por eso el Cardenal protector de las Escuelas Pías, Monseñor Cesarini, ordenó registrar la habitación de P. Sozzi, que se subía por las paredes de tanta humillación que sintió.

P. Sozzi fue inmediatamente a contarle lo ocurrido al Asesor, con el pretexto de que el registro de su habitación había sido movido por el P. General y sus asistentes; lo cual no era verdad. Pero ante el “¿que castiguen al General y a sus Asistentes, que sean encarcelados;” se dio orden de llevarlos desde la Casa escolapia a la cárcel de la Inquisición en el Vaticano.

Era el 15 de agosto de 1642. El Asesor fue a la casa de San Pantaleón, mandó llamar al Santo y a sus Asistentes y declaró: “Sois prisioneros del Santo Oficio (la Inquisición)”. Ellos no sabían lo que estaba ocurriendo. El caso es que, bajo el sol infernal de aquel día de verano, a sus 84 años de edad, Calasanz y sus Asistentes salían de casa, camino del Santo Oficio, caminando por las calles, como auténticos malhechores maniatados, dando ocasión a que se burlaran de ellos la gente que los conocía. Era viernes, un día apropiado para recordar a su Maestro que había corrido la misma suerte en Jerusalén, camino del Calvario.

Desde las 12 del mediodía hasta las 6 de la tarde, estuvieron en una sala, sin que nadie les diera explicación de lo que estaba ocurriendo. Nuestro amigo, el Santo de los niños, que tenía la conciencia muy limpia, se quedó profundamente dormido.

Finalmente, a las 6 de la tarde, tras la buena siesta y la succulenta comida que el Asesor había disfrutado, regresó a la sala de los acusados y les dijo: “No saldrán de aquí hasta que no devuelvan las escrituras que ayer le robaron al P. Mario Sozzi.”

Entonces comprendieron la causa de su aparente delito. Eran inocentes, pues quien dio orden de registro fue el Cardenal Cesarini. Este cardenal ordenó que el P. General y sus asistentes fueran devueltos inmediatamente a San Pantaleón en su propia carroza, con todos los honores.

¿Sabes lo que dijo San José de Calasanz acerca de este arresto? Sólo un santo como él podía razonar de esta forma: “He ido meditando sobre las amarguras de Jesús en el camino del Calvario.” ¡Qué orgullo tener un santo como Calasanz, amigo incondicional de los niños!

23. TODAVÍA MÁS COMPLICADO

Mario Sozzi volvió a Florencia, pero el gobernador de aquella región, que era el Duque Fernando II, lo mandó al destierro en un plazo de 24 horas. Sozzi se quejó de nuevo al Asesor, quien a su vez pronunció una amenaza terrible: “Presiento que el destierro del P. Sozzi será la causa de la destrucción de la Orden”. No me voy a meter en detalles, pero te diré que la Inquisición envió un decreto por el que el venerable José de Calasanz dejaba de ser Superior General de la Orden y sus Asistentes cesaban. En adelante gobernaría Mario Sozzi con la ayuda de un Visitador.

Te digo que aquello tenía pintas de ser un desastre. Menos mal que el Visitador era una persona buena, prudente y sabia. Se llamaba Agustín Ubaldini. Enseguida se dio cuenta de que había una trama diabólica en contra del Santo Fundador. Quizá por esta razón renunció al cargo a las pocas semanas, y el Asesor puso otro visitador temible, llamado Silvestre Pietrasanta, jesuita.

Tanto Pietrasanta como Mario hicieron la vida imposible a José de Calasanz. Mario lo insultaba llamándole “viejo chocho”. En una ocasión, alguien trajo una suma de dinero para apoyar la beatificación del joven escolapio que murió en el noviciado, Glicerio Landriani, del que ya te hablé en páginas anteriores. El dinero se lo dieron a nuestro Santo, pero como era una persona buena y coherente, le pasó la cantidad de dinero al P. Mario, que era ahora su superior. Calasanz le pidió unas monedas para comprar unas estampas. Mario agarró algunas y se las iba dando una a una a nuestro Santo y amigo, con sarcasmo, ridiculizándolo. Una vez acabado, Mario se marchó riéndose a carcajada limpia y celebrando con otros amiguetes el desprecio que le acababa de hacer al santo.

24. EL FINAL TRISTE DE LOS QUE OBRAN MAL

Dios escribe recto en líneas torcidas. Eso es lo que pasó, pues al cabo de pocos días, Mario cayó gravemente enfermo, de una especie de lepra de la que nunca curó. Murió triste y abatido. Calasanz quiso visitarlo varias veces, pero Mario no quiso que entrara. Por eso envió Calasanz a uno de sus Asistentes, el P. Pedro Casani, quien le mandó una bendición de parte de Calasanz.

Nada más morir Mario Sozzi, ya le habían preparado un sucesor, en la persona del P. Esteban Querubini, un escolapio cuya vida pasada estaba salpicada de acciones nada ejemplares en relación a su trato con algunos alumnos. Provenía de una familia notable y de muy buena relación con la Inquisición. Todos los escolapios se llenaron de indignación ante semejante atropello e intromisión contra la Orden.

Es que el Demonio busca complicar las cosas, se mete en las estructuras de la Iglesia para abatirla. La táctica que tiene es atrapar el corazón de personas que aparentan santidad externa, aunque su interior esté lleno de ambición y de afanes que nada tienen que ver con el evangelio de Jesucristo.

25. LA ANIQUILACIÓN APARENTE DE QUIENES OBRAN EL BIEN

Era 16 de marzo de 1646, cuando el Papa Inocencio X firmó un documento por el que la Orden Escolapia quedaba prácticamente destruida. El Asesor de la Inquisición fue de nuevo a la Casa General, llamó a la comunidad, y leyó el documento. El Santo Padre se quedó muy triste, pero enseguida manifestó su aceptación incondicional a la voluntad de Dios, con estas palabras del Santo Job: “El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Bendito sea su santo nombre.” Era el momento en el que, como Abraham en el monte Moria, estaba aceptando el sacrificio de su único hijo. Calasanz tenía 89 años y, poco a poco, se iba acercando el final de su peregrinación en la tierra. Y encima de todo, Querubini y Pietrasanta, el Visitador, culpaban al santo de la destrucción de su Orden. Increíble, pero cierto.

Pero de nuevo, Dios escribe recto en líneas torcidas. Al poco tiempo Pietrasanta murió repentinamente en su habitación. Y el P. Esteban Querubini comenzó a estar enfermo de lepra, como nuestro Mario Sozzi. Calasanz fue a visitarlo y a consolarlo varias veces. En este caso Querubini sí se arrepintió y pidió perdón a Calasanz, quien le perdonó de todo corazón. Estamos en enero de 1648. José de Calasanz tenía cerca de 91 de edad.

San José de Calasanz, el gran amigo de los niños, nunca dejó de amarlos, porque nunca dejó de amar a Dios en ellos. Muchos escolapios estaban tristes y desolados, un buen número habían decidido dejar la Orden y se marcharon a otras congregaciones religiosas, o fueron admitidos al clero secular. Otros estaban tentados de hacer lo mismo. Pero Calasanz los alentaba diciéndoles –de palabra y por escrito– que no abandonaran, que todo lo que estaba sucediendo se debía a las artimañas del maligno, y que Dios tendría un día la última palabra.

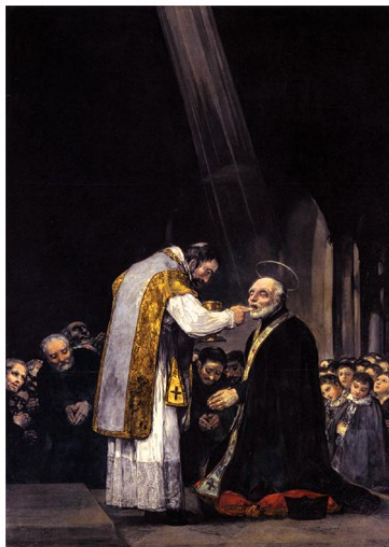
Nunca dejó San José de Calasanz de orar, esperando contra toda esperanza. A un padre escolapio que vivía en Nikolsburg, Chequia, le escribió en estos términos: “ Usted no se desanime, porque esperamos en el Señor que todo se arregle, mientras permanezcamos unidos.”

Calasanz siempre sembró esperanza, obediencia y docilidad a los planes de Dios. Por eso su frase favorita y siempre repetida era: “Dejemos obrar a Dios”. Estaba convencido de que en la aparente ausencia de Dios, siempre estaba oculta su presencia, y de que tarde o temprano, Él vencería sobre el Malo.

26. CUANDO UN AMIGO SE VA, ALGO SE MUERE EN EL ALMA

A mediados de julio de 1648, José salió por última vez a la calle; fue a la iglesia del Salvador a orar y ganar indulgencia plenaria. Mientras volvía a casa, como la vista le fallaba, tropezó contra una piedra y se lastimó los dedos del pie, pues llevaba unas sandalias abiertas.

El 1 de agosto de aquel año presidía la última misa en el oratorio de San Pantaleón, cerca de su habitación, y se fue a la cama. Al día siguiente, 2 de agosto de 1648, se levantó solamente para estar en la eucaristía que celebró el P. Berro con los niños, entre quienes recibió la comunión. Calasanz sufría de grandes dolores de hígado. Su cuerpo estaba desgastado de tanto amar a los niños, y a Dios en los niños.



Ya no se levantó de la cama. Su final estaba muy cerca. Un final que será el principio de todo, como cuando Jesús resucitó de entre los muertos y ahora vive para siempre. El poder de la santidad no reside en la edad, sino en el amor apasionado a Dios. Mientras estaba yacente en cama, una señora llamada Victoria Gracci entró con su hijito Paco en brazos; el niño tenía las piernas torcidas y ella le pidió que orase por él. El Padre José tocó los piececitos, rezó unas oraciones y acarició al niño. Al poco tiempo el niño Paquito quedó totalmente curado.

Los niños elevaban oraciones por su amigo, el Padre José, que tanto había sufrido por ellos, y a quienes dejaba el regalo perenne de una escuela para todos. Mientras tanto exhortaba a todos a vivir unidos, y ofrecía sus dolores por las Escuelas Pías, en unidad con su Madre la Iglesia Católica. El día 12 de agosto le dieron la comunión. Al llegar el Señor sacramentado dijo: “Éste es el tribunal de la verdad”. Luego pidió perdón a todos los que hubiera podido ofender en su vida.

Decía: “Los médicos no conocen mi mal. Cuando el Señor quiere llevarse a uno al cielo, quita a los médicos el conocimiento del mal para que no apliquen los remedios oportunos. Tengo fiebre, me abraso de sed y me privo del agua cuanto puedo por amor de Dios. Rogad por mí para que sepa conformarme con su divino querer.”

Tenía constantemente en su mente a la familia escolapia y a los niños. Se iba apagando como la mecha de una vela gastada y desgastada. Pero nunca perdió la lucidez.

Siempre se había sentido hijo de la Iglesia Católica, y ahora que se iba al cielo, quiso hacer un gesto de unidad con su Madre la Iglesia. Mandó al Padre Berro y al Padre Fedele a que fueran juntos a la Basílica del Vaticano y poner sus cabezas bajo los pies del Apóstol San Pedro, como signo de unidad y comunión con la Iglesia. Su alegría fue inmensa cuando, al regresar ambos padres, le dijeron que el Papa le enviaba su bendición. Por fin moría con el signo claro de ser hijo de la Iglesia.

La Virgen vino varias veces a consolarle y a darle la seguridad de que pronto estaría en el cielo junto a los escolapios que habían ido por delante. Al P. Castelli le confesó lo siguiente: “Sí, la Virgen me ha dicho que esté contento, que no dude de nada de nuestras cosas.”

Todos los que le visitaban le pedían la bendición. Durante aquellos días de agonía, el P. Berro dormía en la misma habitación para atenderlo en lo que hiciera falta. El Santo ya estaba dispuesto para el encuentro definitivo con su Dios.

27. QUE MUERO PORQUE NO MUERO

Calasanz moría el 25 de agosto de 1648 con 91 años de edad. El cronista de la casa, P. Caputi, dejó un relato conmovedor de su muerte que transcribo debajo, a punto ya de acabar la narración: *“Eran aproximadamente las doce de la noche. Los dos padres que lo cuidaban pensaban que ya estaba agonizando. Tocarón la campana de la comunidad y todos, padres y hermanos, bajaron. De rodillas, el P. Castilla entonó la recomendación del alma. Nuestro Padre, ya agonizante, rezaba con los ojos levantados. Se asemejaba a una persona saludable que recitaba sus oraciones. Permaneció en esa posición hasta que oímos el sonido del reloj en la madrugada. Inmediatamente, levantando sus manos como si quisiera bendecirnos, entró en la agonía real. Los padres continuaban recitando la letanía de los santos. Y finalmente expiró su último aliento mientras pronunciaba claramente los nombres benditos de Jesús y de María, y así entregó su alma al Creador. Era la 1:30 am. del día 25 del mes de Agosto. Mientras el padre agonizaba, todos los padres y hermanos lloraban tiernamente por su amado progenitor. Pero tras expirar todos se llenaron de una alegría tan grande que comenzaron a abrazarse unos a otros. La alegría era tan profunda por dentro y por fuera, que parecía que no había muerto sino que había resucitado. La conmoción de todos era tan grande que todos parecían borrachos del amor divino.”*

28. LA RESURRECCIÓN

En la misma mañana del 25 de agosto de 1648 pusieron al santo en la Iglesia de San Pantaleón, sobre un catafalco muy sencillo. Un niño llamado Tomasito, al verlo entrar en la Iglesia, comenzó a gritar: "El Santo, he ahí al Santo, he ahí al Santo!". Y la noticia se extendió por toda Roma como repique de campana.



Una mujer paralítica de un brazo, nada más tocar el cuerpo del Santo amigo de los niños, quedó sanada. La gente acudía a la Iglesia en avalancha, quedando gran parte de Roma paralizada. Enterado el Papa Inocencio X de esta muerte, envió a miembros de la Guarda Suiza para que velaran el cuerpo yacente de Calasanz, y pusieron orden en la multitud que acudía a venerarlo. Muchos querían tener una reliquia suya, intentando cortar al menos un pedacito de su ropa.

El 27 de agosto en la mañana lo enterraron en la Iglesia de San Pantaleón y muchos iban a venerarle como verdadero santo. Aquel día el sol no lloró de tristeza, sino que se vistió de una luz luminosa, porque José, que había amado a los niños más que nadie en el mundo, había entrado en el cielo y desde allí los estaba bendiciendo más que nunca.

Fruto de esa resurrección de nuestro querido José de Calasanz fueron estos milagros:

- Salvador Morelli, paralítico de medio cuerpo, empezó a andar al besar los pies de José, cuando estaba de cuerpo presente en la Iglesia de San Pantaleón.
- La Hermana Cristina Cecherini, de Florencia, paralítica por rotura de columna vertebral, se curó inmediatamente ante la reliquia del Santo amigo de los niños.
- Una tejedora de Florencia, que tenía una enfermedad muy grave del corazón, quedó sanada de la misma manera. Otros muchos enfermos se sanaron al invocar el nombre del Santo

29. CALASANZ VIVE HOY

A pesar de tanta persecución y sufrimiento, hemos de decir que él y su obra siguen vivos, porque Cristo ha vencido el poder del Mal para siempre. Te cuento lo siguiente, para que tomes nota:

En 1656 el Papa Alejandro VII reconoció de nuevo a las Escuelas Pías como Congregación de votos simples.

En 1669, su sucesor el Papa Clemente IX elevó de nuevo las Escuelas Pías a nivel de Orden de votos solemnes.

El mismo Papa Inocencio X, que había escrito el documento de destrucción de la Orden escolapia, autorizó en 1650 comenzar el proceso ordinario de beatificación de nuestro querido amigo José de Calasanz.

El 18 de agosto de 1748, el Papa Benedicto XIV lo proclamó solemnemente Beato, en la Basílica de San Pedro, en el Vaticano.

En 1755 fue instalada dentro de la misma Basílica una enorme escultura de



nuestro Santo, hecha por el escultor Inocencio Spinazzi, en una hornacina en el crucero derecho de la Basílica.

El 16 de julio de 1767 fue canonizado por el Papa Clemente XIII

El 13 de agosto de 1948 –en el tercer centenario de su muerte– el Papa Pío XII, declaró al fundador de las Escuelas Pías “Celestial Patrono Universal de todas las escuelas populares cristianas”.

Su fiesta se celebra cada año, el 25 de agosto, fiesta de su nacimiento en la patria del cielo. Pero en muchos centros escolapios se celebra su fiesta cada 27 de noviembre, siguiendo el calendario anterior al Vaticano II, y por razones de conveniencia pastoral.

Hoy los escolapios somos una bella realidad que sigue anunciando que Cristo Resucitado está vivo, al estilo de nuestro Santo Fundador. Ser escolapio es un camino de santidad alegre y gozosa, sirviendo desinteresadamente a niños y jóvenes, especialmente los más pobres. Los escolapios no buscamos honores ni privilegios; nuestra vida es sencilla y nos preparamos para ser buenos educadores y evangelizadores, a la altura de las circunstancias en las que vivimos.

Hoy estamos en 35 países del mundo. Somos unos 1400 religiosos, distribuidos en 250 comunidades. Aunque nuestro ámbito natural es la escuela, hoy damos mucha importancia a las misiones, la educación no formal, los grupos juveniles, las parroquias, las comunidades de base, los proyectos de desarrollo, las fraternidades calasancias, el movimiento juvenil calasancio, las escuelas de líderes eclesiales, etc. Todo ello en comunión con la Iglesia, de la cual somos y nos sentimos hijos.

Somos una Orden de sacerdotes, pero también tenemos la rama femenina, fundada por Santa Madre Paula Mortal (1799-1889) para extender la educación escolapia a las niñas. El carisma de los Padres Escolapios y de las Madres Escolapias es idéntico: educar a niños, niñas y jóvenes, en la piedad y las letras, desde la más tierna infancia, especialmente a los más pobres, asistiendo a sus familias.

Hay otros escolapios que han subido a los altares: San Pompilio María Pirrotti (1710-1766), El Beato Pedro Casani (1572-1647), compañero de San José de Calasanz, el Beato Faustino Míguez (1831-1925), fundador de las Hermanas Calasancias Hijas de la Divina Pastora, los beatos mártires escolapios, escolapias y calasancias, que dieron sus vidas amando a Jesús en los niños y los jóvenes. Además están el Beato Antón María Schwartz (1852-1929) fundador de la comunidad religiosa, en Austria, llamada 'Kalasantiner', y la Beata Celestina Donati (1848-1925), fundadora de la Hermanas Calasancias en Italia.

Hoy en día en muchos de nuestros colegios se enseña tanto a niños como niñas. También la Orden Escolapia tiene muchos colaboradores laicos y laicas en las Fraternidades Escolapias que comparten su misión y siguen los ideales de San José de Calasanz.

30. DESPEDIDA

Ha sido un honor haber estado contigo, contándote la historia entrañable de este Santo, amigo de los niños. Quisiera despedirme agradeciéndote el tiempo que has pasado conmigo. Que lo que hayas aprendido se quede instalado en tu mente y en tu corazón. No olvides que vale la pena ser santo al estilo de San José de Calasanz. Encomienda todos tus afanes a su protección y, si Dios te llama a seguir este hermoso camino de santidad, no dudes en decirle que sí. No te arrepentirás.

En muchas partes del mundo niños, niñas y jóvenes cantan a diario:

*Padre que de los niños
buscaste siempre el bien,
hoy canta tu grandeza
la cándida niñez.*

*Tú de la fe encendiste
en las almas la luz,
infunde en nuestros pechos
anhelos de virtud.*

**Salve José, los cánticos,
oye de nuestro amor,
oye la voz de súplica
de nuestro corazón.**

*Protege a las escuelas
desde la gloria y haz
que en ellas resplandezcan
la ciencia y la piedad.*



***“Conserva, Señor, mi corazón en paz y unido a Ti.
Tú que sueles calmar la tempestad del mar
(José de Calasanz)***

